

La experiencia antioqueña en historia regional

Victor M. Alvarez
Universidad de Antioquia

Antes de entrar en materia debo hacer dos observaciones preliminares que enmarcan los argumentos que expondré.

La primera es aclaratoria sobre el sentido de mi charla, pues por razones diversas en Antioquia hemos aprendido que cada uno de nosotros no es más que el heredero de una tradición, y por tanto, ésta no es una reflexión personal de Víctor Alvarez sino la herencia que nuestra generación ha recibido en el terreno de los estudios regionales.

La segunda es para puntualizar lo significativo que resulta presentar aquí en Santander la experiencia de Antioquia, pues desde el siglo XIX ha sido lugar común pensar que las dos regiones que más se parecen en el país son Antioquia y Santander. Justamente en 1890 Salvador Camacho Roldán decía, palabras más, palabras menos, que si existían dos pueblos importantes en el territorio de la República éstos eran el Antioqueño y el "Socorrano", como llamaban en aquella época a los santandereanos. Al parecer, lo decía en aquel momento por razones diversas, pero fundamentalmente porque se experimentaba la dinámica colonizadora del Magdalena. Sin embargo, sabemos que después existieron procesos comunes muy importantes: el desarrollo de la economía cafetera, los primeros intentos de industrialización, y aún podemos pensar que mientras Santander era el imperio del radicalismo liberal, Antioquia era a su vez el imperio del conservadurismo radical. Y al mismo tiempo, mientras allá se estaba construyendo el ferrocarril en la época de Pedro Justo Berrío, aquí se estaba abriendo el ferrocarril por la época de Solón Wilches. En fin, existen una serie de situaciones que hacen que para nosotros la comprensión de nuestro papel en el contexto nacional pase por pensar el papel regional santandereano.

Pasando ahora sí al tema de interés central de este Simposio, es necesario iniciar por hacer un esfuerzo para entender los orígenes de nuestra concepción de lo regional sólo en lo que respecta a nuestro marco compartido sin ir más atrás.

Hemos aprendido, en el curso de la investigación de los últimos quince años, a pensar la región básicamente como el espacio de territorialidad de una comunidad humana. Y ello quiere decir que el punto de partida son los hombres que desarrollan a través de la historia unas formas de relación deter-

minadas con el medio natural en el cual les corresponde desenvolverse.

Sin embargo, aún es posible, por una especie de influencia de barbarie tecnológica, pensar los procesos económicos como independientes de la vida cultural. Por ello, personalmente prefiero insistir con cierto detalle que la cuestión puede empezar por vía contraria, es decir, por los hombres, por sus elementos de orden cultural y por su ordenamiento social que son en últimas los que dicen de su relación con los recursos y no a la inversa. Quiero pensar que somos hombres y que luego nos desenvolvemos en unas determinadas condiciones naturales y, por tanto, la naturaleza de esa relación va a estar determinada por nuestro ser hombres portadores de una cultura, de una tradición, de una sensibilidad y de unas formas de organización.

Tal vez un tercer componente mediante el cual concebimos la región es lo que llamamos "el sentido de pertenencia", como resultante de la relación hombre-medio y sus mecanismos de construcción y reproducción de la comunidad humana por la vía de la cultura; lo que equivale a decir que una historia de sentido regional no se dilucida por la vía teórica preferentemente, sino por la vía del devenir colectivo vivencial, como sentir y compartir "lo paisa".

Recapitulando, podemos entonces expresar que: lo regional se constituye por una comunidad humana en un medio natural determinado, por unas relaciones económicas determinadas que dan origen a formas de organización del pensamiento y el sentido de pertenencia. Pero entonces hay que puntualizar que no es necesario realizar demasiadas especulaciones para reconocer que todo ello es el producto de un proceso histórico que no puede ser el resultado de una invención sino que está marcado por movimientos de larga duración.

En ese sentido, para cualquier región del país nosotros tenemos claro que desde antes de finalizada la época colonial ya ello se perfilaba y tenía cuerpo. Así frente a las especulaciones y a las investigaciones que emprendemos hay una abrumadora evidencia empírica, pues basta que alguien hable, coma, exprese su concepción del amor, del tiempo, de la familia o del dinero para saber de dónde es y qué lo define.

El esfuerzo, por tanto, de los trabajadores intelectuales

debe ser orientado a captar sensiblemente esa evidencia empírica y convertirla en un referente bajo el cual inscribamos y desarrollemos nuestras reflexiones. Nuestra relación con esa realidad debe apuntar a percibir y por supuesto a elaborar modelos de comprensión, tanto teóricos como metodológicos, que permitan valorar esa relación construyendo la perspectiva de las Ciencias Sociales y no a la inversa, imponiéndole esquemas de las Ciencias Sociales a esa realidad.

Estas consideraciones revelan que por detrás del texto se desliza un elemento más, que significa, que pensar la región es pensarla en su relación con otras regiones dentro de un proyecto nacional esbozado desde la misma época de la Independencia como espacio, escenario obligado de todos, pero que desde el punto de vista del devenir histórico, de las condiciones del medio natural, de las características de los procesos económicos, de las formas de organización social, etc. no ha llegado a ser unidad sino sólo eso un proyecto de nación.

Pensar el elemento identificador implica pensar el elemento diferenciador, pues tanto en el sentido lógico como en el sentido histórico, se puede crear conciencia de identidad sólo cuando se logra identificar lo propio como suyo frente a lo otro que lo ayuda a definir como negación; proceso para el cual es indispensable el sentido de pertenencia, que si bien por un lado se constituye en el contexto del regionalismo como agresión en todo proceso de reconocimiento cultural de un pueblo frente a otro pueblo, por otro lado, también se constituye mutuamente en el contexto de la nacionalidad como reconocimiento de las diferencias compartidas implícitamente y por tanto en el respeto de esas diferencias a través del afianzamiento de su propio referente cultural como única posibilidad de la regionalidad identificada, que al ahondar en sus raíces está siendo cada vez más participe también de interrelaciones que ahondan en el suelo nutricio de la espacialidad global-nacional que los rebasa y comprende.

Por esa vía llegamos a la conclusión de que de ese conjunto se deriva un componente político que entiende la regionalidad sólo cuando esa identidad de la parte hace posible lograr la cohesión en el terreno de la democracia que no pre-existe sino que resulta de la determinación de la región.

Ahora bien, para llegar hasta todo este conjunto de elementos que caracterizan el consenso intelectual de lo regional en Antioquia, han sido indispensables dos fuentes que han permitido su construcción conceptual.

La primera podría partir de 1885, cuando Manuel Uribe Angel produjo una ruptura intelectual en la historiografía al lograr, con el cúmulo de esfuerzos de varios años, construir un marco espacial y temporal simultáneo en su "Geografía del estado soberano de Antioquia y compendio histórico de Antioquia", con el cual se sentaban las bases de una premisa que permitió hacer comprensible el proceso de vida regional partiendo de la base de referencias sobre las condiciones del medio natural en el cual se desarrolló ese grupo humano.

Por tanto, hoy podemos decir que la historia Antioqueña desde la época colonial hasta bien entrando el siglo XIX es una historia de la minería, no sólo por la circunstancial existencia de los recursos mineros sino también por el aislamiento geográfico natural y, sobremanera por lo escarpado del terreno que hizo posible que en el pequeño espacio de las localidades, el 90% de los municipios antioqueños poseyeran cada cual simultáneamente los tres pisos térmicos dentro de los cuales se desarrolló el "montañero" provincial regional, moldeando su vida cotidiana en condiciones de abundancia o escasez que lo convirtieron recursivo y plural frente a otras zonas de condiciones de disponibilidad diferente y homogénea.

Aprendimos en ese sentido de don Manuel Uribe Angel, por herencia, que la comprensión de los procesos históricos de la comunidad pasa por un referente obligado: el medio natural y las condiciones que implican retos para la comunidad.

Pero simultáneamente también aprendimos, por la misma época que don Manuel estaba publicando, de Alejandro Lopez, Jorge Rodríguez y muy prolijamente de Luis Eduardo Nieto Arteta que en Antioquia surgió una economía cafetera tardía que no necesitó de monopolizar grandes tierras, sino que al contrario provenía de una larga tradición genérica de medianos y pequeños propietarios; con lo cual estábamos entendiendo que allí había ocurrido algo diferente a otras regiones del país con el proceso cafetero y, por tanto, que la relación entre geografía, economía y sociedad no es una ecuación igual en todas partes.

Pero consecuentemente, a su vez, ello nos enseñó a pensar, por un lado, no solo los procesos socioeconómicos sobre la base de modelos sociales diferentes, sino también, por otro lado, que los "montañeros paisas" podían en el escenario de la República, como Marco Fidel Suarez, Pedro Nel Ospina, Carlos E. Restrepo, descollar desde una perspectiva cultural original y diferente a la predominante en la aristocracia capitalina blancuzca y en la aristocracia cartagenera decadente.

Ello no excluyó que en Antioquia se presentara también la necesidad historiográfica, bajo Gabriel Arango Mejía, de blanquear todas las familias de empresarios paisas que eran identificados como la aristocracia de "los patojos", para lo cual realizó un rastreo genealógico con el intento de discurso ideológico de búsqueda de la hispanidad señera bajo la pregunta por el origen: ¿son judíos, son extremeños, son vascos, son asturianos?

Sin embargo, la valoración significativa derivada de ese ejercicio también fue otra lección que aprendimos al descubrir que una verdadera identidad empieza por los orígenes, primero, y segundo, por la diferencialidad, y el sentido de pertenencia.

Como se puede apreciar a lo largo de este recorrido, sólo pudo ser posible pensar en la regionalidad porque de conjunto todos estos procesos historiográficos venían aceptando implícitamente la existencia de una larga duración, al cabo de la cual la conciencia del reconocimiento era la generadora de las preguntas y la productora de la llamada objetividad científico social. Por ello fue posible, ideológicamente, que en una sociedad compuesta a comienzos del siglo XVII por 600 vecinos españoles y más o menos 6.000 esclavos negros, se hiciese brotar muy rápidamente desde apenas 1780 una sociedad provincial enteramente blanca, haciendo posible empezar la historia colonial sólo a finales del XVIII.

En segundo lugar, en la historiografía regional antioqueña existe una fuente que nosotros sentimos más cerca y de mayor significación intelectual, la gran ruptura con la anterior tradición que produjo la obra de Luis Ospina Vasquez. A partir de ésta obra, aprendimos que las líneas de larga duración no son sólo asunto de los espacios culturales y sobre todo que las historias económicas de las distintas regiones económicas nacionales, son diferentes.

Por ello, él parte, en la introducción de "Industria y Protección en Colombia", que es a la vez una presentación de su perspectiva metodológica, de afirmar que poseemos en general regiones distintas que corresponden a medios naturales diferentes: la costa, los llanos, las montañas de Antioquia, el altiplano y las montañas santandereanas; con lo cual nos advierte que aunque tenemos un propósito nacional estamos frente a cinco historias distintas, de orden pre-existente a la colonia, que nos determinan la entrada a la vida misma republicana.

Pero hay que tener claro que cuando nos habla de medios naturales diferentes, también nos habla de grupos étnicos configuradores específicos, nos habla de diferentes relaciones sociales construidas a lo largo del proceso colonial, sobre la base de diferentes estructuras económicas regionales, pues su propósito es justamente explorar que pasa con el poder cultural nacional y cómo se relaciona con lo que se ejecuta en cada una de éstas regiones, con lo cual nos está enseñando a pensar que los procesos histórico-sociales aún cuando significaron un referente al proyecto político central, se desarrollaron en una dimensión de operación tan variada y diversa como la regionalidad con sus dinámicas e intereses propios y específicos.

Por ello, don Luis Ospina Vásquez, veinte años después de haber publicado su libro, materializa su concepción de perpetuar el patrimonio intelectual con la fundación Antioqueña para los Estudios Sociales (FAES), consciente de que en éste país existen políticas centrales proyectos nacionales, pero desarrollos regionales. Consecuentemente, el 6 de Febrero de 1976 decía en la reunión de constitución de la Fundación: "se trata de una entidad destinada a la investigación básica en el campo de las ciencias del hombre considerado en toda su extensión...", con lo cual estaba abonando el terreno para esa proyección interdisciplinaria tan necesaria para el estudio de las regiones, es éste caso, la Antioqueña.

Sin embargo, sobre la asimilación de ese legado hay que hacer una aclaración, no se trata de una cuestión de simple facilidad práctica el abordar los estudios mediante este enfoque regional, sino a nuestro modo de ver, se trata de una cuestión de necesidad, de un postulado de investigación en la integridad de la vida espiritual y física de los pueblos que es desideratum de las Ciencias Sociales en el concepto actual más amplio. por eso al FAES le interesa vitalmente saber que hace el hombre de Antioquia

y que hace Antioquia del hombre. Podemos detrás de ese problema mirar lejos a la consideración de las regiones colombianas y hasta la Americana y más allá, y es lo que debemos hacer, pero primordialmente nuestro problema será Antioquia. No lo agotaremos nunca. Y hasta es necesario decir que para llegar a pisar ese terreno hace falta una cantidad enorme de trabajo aún. Podemos reflexionar que para esta concepción del problema, el auxilio de las indagaciones del humanista, del filósofo, del literato no son superfluas sino indispensables, con lo cual estamos por tradición afirmando, del legado de OSPINA VASQUEZ, que lo regional es multitemático y la percepción de lo regional no es que pueda pasar por la percepción de la cultura, sino que tiene que pasar por ella.

Cualquier otro lector puede imaginar el legado de INDUSTRIA Y PROTECCION EN COLOMBIA como la prevalencia de las relaciones económicas sobre las demás, nosotros por el contrario creemos que es un juego de relaciones económicas pero con formas de ser de la vida, la cultura más complejas que lo social y político, que están por estudiarse antes de sacar de la manga tesis trilladas.

Cuando abordemos en éste simposio la pregunta por lo regional, necesariamente debemos preguntarnos es: que se ha estudiado sobre las diversas regionalidades+ y es tajante la respuesta: muy poco! Ello debe ser objeto de preocupación, pues abundan en este país personas que no son partícipes de lo que venimos demostrando, son personas vinculadas a la idea de un proyecto nacional abstracto, quinta esencial y hasta esquizofrénica, con el cerebro puesto en París y el trasero puesto en alguna población colombiana.

Frante a esta concepción debemos reiterar una vez más una cuestión de capital importancia, la comprensión de lo regional no será posible sin una historia regional, y la historia regional no será posible sin una investigación apoyada en la recuperación y reconstitución de la memoria regional que reposa en los archivos de provincia. Si nó se quiere hacer marabalismo verbal sino historia, la única posibilidad son las fuentes primarias, hacia las cuales hay que dirigir una mirada sensible pero sistemática de arduo trabajo profesional de enumeración, inventariado, clasificación, indexación, catalogación, etc., etc.

Ese fué otro de los compromisos post-Ospinianos

en Antioquia, el imperativo de formar una conciencia de que sin fuentes no se puede hacer historia y que la historia no es solamente un asunto de materia prima para la Economía, la Politología, la Antropología a la Sociología, sino que la historicidad es esencia y forma a la vez y razón de ser de las Ciencias Sociales.

Aunadamente surgió el acuerdo tanto en profesores como estudiantes de moverse en un espectro muy amplio de asuntos temáticos sin que fuera prioritario decidir cual es más importante que aquél, sin llevarlo a las desastrosas discusiones de que primero va la estructura y después la superestructura.

Esta sana tradición fué sembrando la necesidad de abrir "espacios dialogantes" entre los investigadores que sin afirmar que han construido interdisciplinariedad, están trabajando individualmente desde su perspectiva en la región pero conectando los esfuerzos alrededor de la historia, dando como resultando proyectos como el de la Historia de Antioquia con la influencia de más de cincuenta (50) investigadores, cada cual trabajando sobre lo suyo pero dialogando sobre el todo; lo cual ha conducido, por un lado a repensar dimensionando lo histórico hasta unos límites estimulantes, en donde el gran espectro de lo histórico no consiste en trabajar solamente el proceso de relaciones de clase o las formas de producción, o las relaciones de dominación política, sino, desde lo más pequeños intersticios de la vida social hasta los ejes temáticos tradicionales; y por otro lado, ha conducido a aunar tales esfuerzos para la vinculación financiera, que se ha logrado también cierto eco que atraiga la publicidad, y así lo que inicialmente era un proyecto de investigación se convierte en un proyecto también de difusión periodística a través de separatas que circulan hasta en los más secretos rincones de Antioquia.

Actualmente toda esta tradición está siendo asimilada y se descubre que vá dejando huella y empieza a precipitar un nuevo capítulo en los estudios regionales en Antioquia. Con la llegada de la nueva concepción de la historia a la mesa de las familias se les ha podido decir: usted tiene una historia, está en ésta historia, y a su vez, ellos han podido decir a los preocupados intelectuales: está es mi historia, ésta es nuestra historia comunitaria; y así historia de los procesos regionales se ha vuelto una preocupación de las mismas comunidades que empiezan a reconocerse en la historia local, profundizando y

afianzando su pertenencia a la región, definiendo y fundamentando mejor las bases de la identidad y la diferencialidad dentro de los propósitos de la totalidad nacional.

De esta última tendencia y sus provechosos resultados sobresalen anécdotas como la del interés y apoyo financiero de la municipalidad de Barbosa (Antiq) para re-definir su historia local proponiendo a la Universidad de Antioquia un proyecto con este fin, o también como el proyecto de CORNARE de establecer una planificación subregional para el aprovechamiento de los ríos Luz y Nare que comprometan a la comunidad en un verdadero proyecto para el oriente antioqueño, pero haciéndolo, por la vía de los modelos globales de planificación significativa para el reconocimiento y estructuración de las comunidades locales en el contexto regional y nacional.

Estas propuestas condujeron necesariamente a la Facultad de Ciencias Sociales y su Instituto de Estudios Regionales (INER), - un espacio para trabajar dialogando entre historiadores, economistas, sociólogos, antropólogos, ingenieros, salubristas, etc. - a establecer no sólo diagnósticos que sirvan de soporte al diseño de las estrategias del desarrollo regional, sino también autodiagnósticos y reconocimientos de la comunidad que les permitan a las localidades pensarse y dinamizarse a sí mismas.

Como se puede apreciar hasta ahora, de conjunto, después de la ruptura de LUIS OSPINA VASQUEZ con la preocupación intelectual en FAES, las preocupaciones intelectuales adquirieron un carácter institucional - estatal ligadas al proceso de enorme significación de recuperarle a la Universidad la misión de inserción en la sociedad y de multiplicadora de sus esfuerzos, lo que ha significado que por el INER pase también la preocupación del Urabá y que por invitación del Plan Nacional de Rehabilitación se insista en historias de las localidades, y por consiguiente que dentro del conjunto de la Universidad se piense menos en cátedra generales de metodología y técnica de la investigación y más en el oficio surgido de los investigadores reales y de la capacidad de asombro frente al diálogo concreto con la sociedad que es de donde salen las verdaderas preguntas.

De esas últimas experiencias ha venido surgiendo la necesidad de darle una estructuración más unitaria a la labor de investigación y planeación y en esa vía,

con gran esfuerzo y convencimiento, ha venido trabajando Martha Elena Bravo quien ha hecho posible convertir una propuesta para el desarrollo cultural de la región en política oficial del gobierno de Antioquia, que aun cuando esté por ahora en la fase de papel podrá materializarse en un plan que no sólo normatize sino que guíe y dé sustento pre-

supuestal, priorizando políticas culturales, investigativas, educativas, etc., todas dentro de un marco de la estructuración regional sentida y compartida por el "pueblo paisa", que sea la materialización actual de los gérmenes de la conceptualización sobre lo regional que un día vimos alumbrar en Antioquia, como aspiración de identidad y diferencialidad.